



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

González Pizarro, José Antonio
LA LITERATURA DE ENSAYO Y LAS IMÁGENES NACIONALES DE CHILE Y BOLIVIA A
COMIENZOS DEL SIGLO XX
Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 1, núm. 24, 2009, pp. 82-109
Universidad de Talca
Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027766006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESUMEN

El artículo examina la imagen nacional y sus dificultades de ser abordados desde sus propios elementos, en cuanto construcción social para analizar en base de cuatro autores, dos chilenos, Palacios y Encina, dos bolivianos, Arguedas y Tamayo, las imágenes de sus naciones en la época de celebración del centenario de sus respectivos países.

Palabras claves:

Imagen - Nacional - Bolivia - Chile - Literatura.

ABSTRACT

This article examines the national image and the difficulties to approach them from its own elements regarding social construction so as to analyze (based on four authors: two Chileans - Palacios and Encina- and two Bolivians -Arguedas and Tamayo-) the images of their respective countries in the period they commemorated their centennial anniversaries.

Key words:

Image - National - Bolivia - Chile - Literature.

La literatura de ensayo y las imágenes nacionales de Chile y Bolivia a comienzos del siglo XX.
José Antonio González Pizarro
Pp. 82 a 109

LA LITERATURA DE ENSAYO Y LAS IMÁGENES NACIONALES DE CHILE Y BOLIVIA A COMIENZOS DEL SIGLO XX ¹

José Antonio González Pizarro (*)

I. NOTAS SOBRE LA IMAGEN NACIONAL EN LA HISTORIA Y EN LA LITERATURA

La alborada del siglo XX no fue la misma en su connotación de diagnóstico del momento, la evolución acumulada del siglo decimonónico y, por cierto, las expectativas cifradas en el devenir de las décadas del nuevo siglo, para los países latinoamericanos. Variados proyectos no sólo continentales sino de carácter nacional habían sido frustrados durante el siglo del asentamiento de las nuevas repúblicas. La intención primera de edificar un estado nacional, no siempre fue asumido de modo resuelto por las élites políticas, debido a vallas provenientes del fuerte sentimiento regionalista y/o federalista, o bien, por la falta de cohesión social al interior del cuerpo nacional, donde las brechas de sello étnico, pobreza, segregación territorial, de recursos naturales, gravitaron en impedir la construcción de un Estado, con fuerte ejercicio jurisdiccional, en los hechos y control legítimo en la esfera del dominio político.

(*) Doctor en Filosofía y Letras. Académico de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica del Norte.

Artículo recibido el 13 de julio de 2008. Aceptado por el Comité Editorial el 12 de enero de 2009.

Correo electrónico: jagonzal@ucn.cl

¹ Proyecto Fondecyt 1070032, año 2008 y de la Iniciativa Científica Nuevo Milenio “Ciencia Regional y Políticas Públicas”.

Se ha hecho notar las dificultades que se tiene de construir desde la literatura las imágenes nacionales propias y, con mayor dificultad, de otro país. Claudio Guillén ha reparado en lo polisémico que resulta tal edificación, desde la triada, *escritura*, *imagen* y *experiencia*. Bajo la noción de *escritura*, acomodamos “multitud de cosas, textos o escritos que ni siquiera lo son, géneros que de entrada no son literarios”; o por *imagen*, agrega Guillén, se posee “significaciones distintas y hasta dispares”, donde confluyen la “idea” que se posea, la “opinión general” o la “concepción nacional que se desprende de un autor importante”, Maquiavelo emblema de Italia o Dostoievsky de Rusia; o bien, el “ambiente nacional que construye el conjunto de una obra de imaginación”. Y la *experiencia*, recoge el cúmulo de sucesos, percepciones, conceptos, “su larga estela en la memoria social”².

En el marco de las relaciones entre Chile y Argentina, Lacoste ha subrayado la gravitación de las “fronteras imaginarias”, recogidas en cartografía, informes de autoridades y cronistas de la época de los Hasburgos y su proyección en ambos países, en defender el territorio de la Patagonia, constituyendo parte de la “imagen del otro”³. Pero, de igual modo, para la construcción del Estado-nación se requirió no sólo llenar de contenido lo que se iba a entender por “comunidad imaginada” sino establecer los orígenes tanto simbólicos y concretos de ese Estado⁴.

Y esto se ha podido constatar cuando las descripciones de viajeros apuntan no sólo al paisaje y su gente, deteniéndose en sus costumbres, folclore, etc., sino a dejar registro del contraste entre la visión que el país desea mostrar y la que él posee de su recorrido. El referente eurocéntrico gravitó en las imágenes de países latinoamericanos que se divulgaron en el extranjero o fueron asumidas como críticas por sectores criollos sobre las condiciones en que estaba la República⁵.

² Claudio Guillén, “Imágenes nacionales y literatura”, *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, año 1994, N° 10, pp. 117-145. Citas pp. 118-119.

³ Vid. Pablo Lacoste, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*, F.C.E.-IDEA-USACH, Santiago, 2003, 69-82.

⁴ Para el caso entre Chile y Perú, véase las anotaciones al respecto formuladas por Carlota Casarino Sen y Rafael Sagredo Baeza, “Representaciones y nociones de Perú y Chile en el siglo XIX”, en E. Cavieres F./C. Aljovín de Losada, Comp. *Chile-Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos Políticos, Económicos y Culturales*. Edición al cuidado de Eduardo Cavieres, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Convenio Andrés Bello, Universidad Mayor San Marcos Perú, Valparaíso, 2005, pp. 59-100.

Últimamente, Ramón Pajuelos Teves, ha revisado la “complejidad” de estas imágenes en Perú, Ecuador y Bolivia. Cf. *Reinventando comunidades imaginadas. Movimientos indígenas, nación y procesos sociopolíticos en los países centroandinos*, Instituto Francés de Estudios Andinos- Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2007. También las agudas observaciones sobre la “etnicidad” en el componente nacional y su ulterior imagen, llevadas a cabo por Rodolfo Stavenhagen, en “Conflictos étnicos y estado nacional: conclusiones de un análisis comparativo”, *Estudios Sociológicos*, año 2001, vol. XIX, N° 55, pp. 3-26.

⁵ A título de muestrario, María del Consuelo Andara, ha indicado para el caso de Venezuela, que los viajeros, aún con sus prejuicios, juicios de valor, comparaciones, dieron cuenta de categorías como civilización y barbarie, modernidad y premodernidad, que fueron asumidos por el discurso criollo dado que ambos se enmarcaron en los esquemas culturales del viejo régimen. Cf. María del Consuelo Andara D., “La visión del otro: imágenes de la identidad nacional. Viajeros en el territorio venezolano durante la segunda mitad del siglo XIX”, *Tierra Firme*, Caracas, abril 2.004, vol. 22, N° 86, pp. 229-240.

Ya en la década de 1960, Ithiel de Sola Pool, se refirió a las posibilidades de la confluencia de las “imágenes” del

De igual modo, los sistemas de creencias han orientado la construcción de imágenes nacionales como de igual modo la lectura de las imágenes de otras naciones. De este modo, se ha argumentado por Quince Wright, que los conflictos internacionales no son frecuentemente entre estados sino más bien entre las imágenes distorsionadas de los estados. El sistema de creencias ha jugado el papel de establecer las metas y de ordenar las preferencias, distinguiendo los hechos que informan las imágenes en el marco de un sistema de creencias y las valoraciones de éstas imágenes⁶.

Recientemente, se ha podido apreciar de qué manera determinados conceptos vinculados al fuerte constructo de la **imagen nacional**, justipreciada por los propios connacionales, permite hacer converger/disentir de modo transversal a la política francesa en su relación con el mundo europeo y, fundamentalmente, cuando en su interior perviven dos “identidades nacionales”, como ha acotado Todorov, una volcada hacia lo universal y otra hacia lo particular; o a juicio de Agulhon, una anclada como hija predilecta de la Iglesia, tierra de la cristiandad simbolizada por Juana de Arco -que comprendería el sello particular, diferencial del resto de Europa-y otra, como el país de los derechos humanos, del progreso y con una misión universal, de corte republicano-laico⁷.

Se han estudiado las imágenes nacionales desde la perspectiva del foráneo u extranjero, donde es posible apreciar de qué modo influyen los elementos de estereotipos y prejuicios respecto del “otro”, máxime cuando se ha tenido de por medio un conflicto bélico⁸. Al respecto, hemos hecho una aproximación a la literatura oficial de conmemoración del primer centenario de Chile y Bolivia, en torno al eje “nosotros/ellos”⁹.

Resulta importante esta distinción en torno a la “imagen nacional”, por un lado, construida por los estados-nación y la apreciada desde los países vecinos y, por otro,

viajero sobre un país con las de los nacionales sobre el país del viajero y las que posee el extranjero de sí mismo y de su nación y el anfitrión de su país y de sí mismo. Cf. Ithiel de Sola Pool, “Las relaciones entre naciones y sus efectos sobre las imágenes nacionales e internacionales” en, Ricardo Cappeletti Vidal et.al, **Relaciones internacionales, integración y desarrollo**, Ediciones Nueva Visión, 1969, pp. 43-84.

⁶ Ole R. Holsh, siguiendo algunos planteamientos de G.A. Millar, ha expuesto que: “The belief system, composed of a number of “images” of the past, present, and future, includes “all the accumulated, organized knowledge that the organism has about itself and the world”. Cf. Ole R. Holsh, “The belief system and national images: a case study”, **The Journal of Conflict Resolution**, sept. 1962, vol.6, N° 3, pp. 244-252.

⁷ Vid. T.Todorov, **Nous et les autres. La reflexión française sur la diversité humaine**, Paris, Ed. Seuil, 1989; M.Agulhon, “Le centre et la périphérie” in P.Nora (ed), **Les lieux de mémoire. III. Les France.1. Conflicts et partages**, Paris, Ed.Gallimard, 1992, pp. 825-850.

⁸ Precisamente la noción de “extranjero” es clave en el pensamiento de Duroselle, quien insistió que “era la única que permite englobar en el mismo concepto de “relaciones internacionales” los lazos entre estados, unidades políticas y entre individuos o grupos de tipo no estatal”. Cf. Jean – Baptiste Duroselle, **Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales**, F.C.E., 1998 (Ed. Francesa, 1992) p.45

⁹ Cf. José Antonio González Pizarro, “Hablemos de nosotros y de refilón de ellos. Los libros en torno al centenario de Chile y Bolivia,” **Tercer Milenio**, Universidad Católica del Norte, año XII, N° 14, diciembre 2007.

la que surge desde la reflexión interna de parte de un sector de las élites, confrontando la disonancia entre lo que se quiso “proyectar” desde los orígenes republicanos y lo que resultó de modo concreto de todo ese “simbolismo” como conciencia nacional. En tal perspectiva, se ha subrayado la dificultad de una conceptualización de la “nación” en términos científicos para poder acoger la noción como una definición social y, en tal enfoque, al ser definida por una colectividad estaría sujeta a la performatividad, en el lenguaje de Austin, lo cual nos llevaría a la diferencia que este autor hace entre el “efecto constativo”, cuando el lenguaje es usado para decir algo sobre algo, y el “efecto performativo”, cuando es usado no para decir algo sobre algo sino para hacer algo¹⁰.

Fueron los escritores nacionales más importantes de Bolivia y Chile, los que en el periodo precedente y próximo al centenario de su independencia, pudieron profundizar un análisis descarnado sobre lo construido en 100 años. No fue una tarea fácil. Debieron encarar de modo ineludible la situación del presente nacional. Aquello mostró los progresos y estancamientos en todos los ámbitos públicos de sus respectivas patrias.

En consecuencia, nuestra aproximación se centrará en rastrear en un grupo de autores representativos los elementos que cimentan una “imagen nacional” de Bolivia y Chile. Es posible atisbar en este plano, los esfuerzos por *explicar* las causas de lo que son ambas repúblicas y, también, lo que eventualmente aspirarían a constituirse en el concierto americano. La racionalidad de los datos empleados daría cuenta de los orígenes y consecuencias de la imagen nacional.

Se podrá apreciar cómo los autores a veces confluyen en su diagnóstico y de qué manera se diferencian, cuando se examinan los condicionantes geográficos, étnicos, etc. Demás está acotar que las “imágenes” que se desprenden son las asumidas y decodificadas por miembros de un sector influyente en la sociedad nacional de ambos países. Fueron, podría acotarse, las que difundieron tópicos y estereotipos, señalados como gravitantes, para informar criterios acerca de lo anterior, en sus respectivas opinión pública y que sirvieron de referentes para ser observadas de modo comparativos desde otras naciones colindantes de América.

Puede indicarse que en la formulación de sus “imágenes nacionales”, por parte de un grupo de intelectuales de nota de Bolivia y de Chile, éste apostó principalmente por la *comprensión* de los antecedentes aportados, sin hacer mella por los aportes estadísticos o por sentar ciertas lógicas racionales.

¹⁰ John Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, Ed. Paidós, Barcelona, 1982.

II. IMAGEN DE BOLIVIA ESTABLECIDA POR ALCIDES ARGUEDAS Y FRANZ TAMAYO

La literatura especializada boliviana fija el año 1899 como un hito en el devenir de la República, dado que concentró la guerra federalista, el traslado de la capital desde Sucre hasta La Paz y el inicio de un debate en torno a lo que comenzó a llamarse la “cuestión indígena”.

Habría que tener presente que en el transcurso de 1899 hasta 1935, Bolivia se ve convulsionada anímicamente por la pérdida definitiva del Océano Pacífico, en la rúbrica del Tratado de Paz y Amistad con Chile de 1904, la guerra y Tratado con Brasil, 1899-1903, que se tradujo en la desagregación del territorio del Acre y más tarde, con la guerra del Chaco ante Paraguay, que le valió la integración de la rica zona en disputa a la soberanía de la nación guaraní.

En lo interno, el recambio del control gubernamental desde los conservadores al liberalismo político. Pero, no se tiene un Estado consolidado, sino algunos bosquejos institucionales que la oligarquía no logra transformar en entes orientadores de la vida nacional. Carente de la edificación de un Estado y latente el problema indígena, los intelectuales bolivianos más preclaros, abordaron el tema de la conciencia nacional ligado al asunto indígena. No pudo ser de otra manera.

Entre los autores que van a acometer el tema mencionado figuran desde cultores de la literatura hasta ensayistas, empleando todos los géneros.

Se ha considerado que Alcides Arguedas inaugura la literatura indigenista con **Raza de bronce**, en 1919, promoviendo una de las corrientes literarias de mayor fertilidad en América, pero fustigando los sistemas de creencias indígenas - como la magia- que les han hecho perder la dimensión real de su explotación y consentir “el yugo de los mestizos”¹¹. Fue un prolífico autor, de novelas, como **Pisagua**, 1903, **Wara wara**, en 1904, y una **Historia de Bolivia**, 1921-1929, en cinco tomos.

Y, es precisamente, Arguedas el que da inicio a una revisión de la conciencia y la identidad nacionales, que desangra a Bolivia en tiempos en que la oligarquía se enseñorea en el poder político como económico. ¿Qué hacer con la población mayoritaria indígena, de ascendencia aymara?, es una interrogante que trajo a suelo altiplánico las teorías sociales y psicológicas en boga en el viejo mundo. Hay desde el prurito de la conciencia nacional de Fichte, al positivismo inaugurado por Augusto

¹¹ Cf. Braulio Muñoz, **Huairapamushcas. La búsqueda de la identidad en la novela indigenista hispanoamericana**, Ediciones de la Universidad de La Frontera, 1996, 96-97. La visión negativa del indígena guarda relación con los elementos ideológicos que preserva y que obstaculizan su progreso social.

Comte, pasando por el determinismo geográfico de Ratzel, el evolucionismo de Herbert Spencer hasta arribar al darwinismo social, que mal disfraza las ideas racistas de Gobineau, y la psicología de masas de Gustave Le Bon. Todo este cúmulo de teorías se empleó para descifrar el problema del indio, desde la perspectiva occidental-europea.

Planteamientos de antaño, como los sostenidos por Nataniel Aguirre, el célebre autor de la novela **Juan de la Rosa**, volvían a poner en tela de juicio la integración socio-política del elemento indígena: “los indios eran parte del pueblo boliviano pero no les correspondía el diseño de la nación”¹².

En este marco -ha sostenido Marta Irurozqui- se desarrollaron dos ideas-fuerzas antitéticas respecto al problema del indio: una, liderada por Alcides Arguedas y otra, por Franz Tamayo¹³. Tamayo fue un poeta autor, entre otros poemarios de, **Odas**, en 1898, **Proverbios**, 1905 y 1924, **Nuevos rubayat**, 1927, **Scopas**, 1939.

Por ser los intelectuales más influyentes de Bolivia en dar un diagnóstico crudo y eventuales soluciones para levantar el Estado de la República, hemos optado por rescatar de modo sucinto las cuestiones centrales que abordan en sus obras, para dar cuenta de la fisonomía de Bolivia y de la “imagen nacional” que se ofrece y se difunde en la época que nos importa.

De ambos autores, ha escrito Brooke Larson, lo siguiente:

“Los escritos de Alcides Arguedas y Franz Tamayo presagian un emergente, conflictivo discurso hegemónico sobre las razas, la historia y nacionalidad bolivianas. El rico y enciclopédico **Pueblo enfermo** de Arguedas, publicado por primera vez en 1909, y las más prosaicas reflexiones y editoriales de Tamayo, recolectadas y publicadas en 1910 como **Creación de la pedagogía nacional**, son interesantes porque ellos comienzan a reconfigurar la preexistente dicotomía moral “indio-mestizo” dentro de una más extensa búsqueda moral-etnográfica-filosófica de la esencia y posibilidades de la evolución racial y la identidad nacional”¹⁴.

¹² Marta Irurozqui, “La democracia imposible: 1900-1930”, en Dora Cajías-Magdalena Cajías-Carmen Jonson-Iris Villegas (Compiladoras), **Visiones de Fin de Siglo. Bolivia y América Latina en el Siglo XX**, IFEA-Coordinadora de Historia-Embajada de España en Bolivia, La Paz, 2001, 183.

¹³ Carlos D. Mesa Gisbert ha escrito: “Arguedas es una de las figuras centrales de la cultura boliviana de la primera mitad del siglo. Influyó decisivamente en el pensamiento boliviano de la época, sobre todo en la autovaloración de nuestra sociedad. Fuertemente polémico y combatido, es el escritor boliviano más conocido internacionalmente y por ello su visión del país influyó también en la interpretación externa sobre Bolivia... Si bien Tamayo es conocido como uno de los grandes poetas de Bolivia, su compilación sobre temas pedagógicos es ya un clásico. Las ideas de Tamayo confrontaron las de Arguedas y abrieron un gran debate en el país”. Cf. José de Mesa-Teresa Gisbert-Carlos D. Mesa Gisbert, **Historia de Bolivia**. Segunda edición corregida y actualizada, Editorial Gisbert, La Paz, 1998, 507-508.

¹⁴ Brooke Larson, “Indios redimidos, cholos barbarizados. Imaginando la modernidad neocolonial boliviana (1900-1910)” en Dora Cajías et.al (supra nota 12), p. 34.

II.a. Alcides Arguedas, **Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos**

El libro de Alcides Arguedas, **Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos**, como rezaba el subtítulo de las dos primeras ediciones (1909 y 1910), pues en la tercera, hecha en Chile por Ercilla, en 1937, se le suprimió, llevó a su autor a pesquisar las condicionantes que impedían el progreso de las razas indígenas. Una de ellas era la geografía que nuestro autor determina como opuesto al “desarrollo material del país”, y que divide a Bolivia en tres regiones principales: la interandina o “puna” entre los 2.500 y 3.824 metros sobre el nivel del mar, donde la soledad, el abandono, hace “que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan”. Zona rica en metales; la amazónica, la más importante del país, compuesta de un área montañosa y otra de llanos, rica en productos del clima tropical; y la región del plata, donde la vida se hace fácil, de vastas llanuras llenas de metales.

La diferencia geográfica había cobijado una desigual distribución étnica:

“La distribución étnica de estas tres regiones en su variedad indígena ofrece una marcada diferencia, porque si en la andina se hallan las razas que formaron el Imperio incásico del Tahuantinsuyo en los lindes extremos o en las selvas de las otras dos, lejos de las urbes, vegetan tribus bárbaras alejadas de todo contacto civilizador. Estas tribus habitan las márgenes de los ríos Madera, Mamoré y Madre de Dios, o las del Pilcomayo, por la parte sud. Viven ofreciendo todas las características de los seres primitivos y en pleno contacto con la Naturaleza, sin nociones de deberes políticos o sociales, diferenciándose apenas de ciertos animales a quienes las necesidades de la defensa y propia conservación les obligan a unirse en rebaños y ponerse bajo la protección del más fuerte o del más experimentado”¹⁵.

Este cuadro del paisaje y la topografía bolivianos le sirve al autor para indicar que tanto el suelo irregular, los fuertes contrastes como la presencia de más de un millón de indígenas, han obstaculizado llevar a cabo las “grandes obras de vialidad”. La no concurrencia del comercio y viajes entre los habitantes, por no existir suelos llanos, han conspirado en las comunicaciones. Es más fácil viajar al extranjero que entre las ciudades del interior. Naturalmente, el placer del viajero se reserva para el elemento blanco.

De esta observación física, Arguedas se dirige a la otra condicionante: la raza-usado “para determinar la ligera variación que existe entre los grupos pobladores del suelo boliviano”-que en el censo de 1900 ha fijado en “cuatro zonas principales”:

¹⁵ Alcides Arguedas, **Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos**, en Alcides Arguedas, **Obras Completas**, Preparación, prólogo y notas por Luis Alberto Sánchez. Editorial Aguilar, México, 1959, Tomo I, 404-405.

1. La *indígena*; 2. La *blanca*, descendiente de la extranjera, principalmente de la española; 3. La *mestiza*, que es el fruto de las dos anteriores y 4. La *negra*, cuya proporción es bastante reducida.

Lo que perturba al creador de **Raza de bronce** es lo híbrido resultante de la mezcla de lo indígena y lo blanco, el mestizo, pues no es fácil precisar las fronteras entre el blanco y el mestizo, dado que “físicamente ambas se parecen, o mejor, son una¹⁶”. Veamos lo que refiere sobre el punto:

“El *cholo* (raza mestiza), en cuanto se encumbra en su medio, ya es *señor*, y, por lo tanto, pertenece a la raza blanca. Ni aun en la (sic) color puede notarse esta diferencia, pues la color parece depender del clima exclusivamente. Los mestizos de las regiones de temperatura baja (La Paz, Oruro, Potosí) son morenos, acaso cobrizos, y de igual color son los *blancos*; los de temperatura alta (Sucre, Cochabamba, Tarija, etc.) son más blancos, pero esto no impide para que los de cierta categoría *social* entren a formar parte de la raza *mestiza*; esto es, allí la calidad étnica de un individuo es la resultante de su figuración *social*”¹⁷.

El cuestionamiento era aquella mezcla que había hecho perder las cualidades y virtudes a la población indígena y también a la población blanca, al no haber coherencia en el devenir de la nación y en el perfeccionamiento moral y material, como podía observarse, apostilla Arguedas, en Chile, Argentina y Uruguay.

Ahondando en el perfil psico-social, Arguedas construye tipos humanos de acuerdo con las regiones geográficas. En la “interandina” habita el aymara:

“El indio aymara, salvaje y huraño como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza. La pampa y el indio no forman sino una sola entidad. No se comprende la pampa sin el indio, así como éste sentiría nostalgia en otra región que no fuera la pampa... Siéntese el hombre en esa región abandonado por todas las potencias, solo en medio de un clima y un suelo inclementes; y este sentimiento, en todas partes generador de hábitos de sociabilidad y economía, allí, no sé por qué causas, separa y desune a los hombres. Nótese en el hombre del *altiplano* la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la *a b s o l u t a* ausencia de afecciones estéticas. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo y también de la Naturaleza... Tal es la ética que se desprende en una región así y entre hombres que han perdido lo mejor de sus cualidades... Nada se desea, a nada se aspira. Cuando más anhélase la satisfacción plena de las necesidades orgánicas, y entre éstas, la principal, antes que el amor, el vino. El alcohol es lujo en esos hombres”¹⁸.

¹⁶ Alcides Arguedas, **Pueblo enfermo**, Op. cit., p. 412.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Id. pp. 414-415.

Los rasgos pincelados sobre la raza mestiza no mejoran respecto de la indígena. El mestizo es un ser que piensa en sí exclusivamente, amoral casi por naturaleza:

“Jamás nunca, aviva su espíritu ni la admiración ferviente ni el entusiasmo exaltado. Para admirar mucho, le falta educarse; para sentir entusiasmo, le falta comprender...Fuerte, audaz, corajudo, sus facultades se exaltan cuando se ve en medio de los suyos, así como disminuyen o desaparecen en el aislamiento, y es bueno como soldado, pero no sirve como iniciador; esto es, en el cholo, más que en ningún otro ser, se observa esa propensión ovejuna que tiene más defectos que cualidades...El cholo de las clases inferiores o descalificadas es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida...Es la clase dominadora, desgraciadamente, en Bolivia; por eso el país, tardo en conquistas de orden práctico, o mejor, económico, ha perdido la fugaz preponderancia que ejerciera en los primeros años de independencia...La historia de este país, Bolivia, es, pues, en síntesis, la del cholo en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa... Alejada la nación del mar y cerrada dentro del Continente por la muralla de los Andes, no hubo desde entonces la posibilidad de que el elemento étnico se renovase”¹⁹.

La raza blanca también se veía afectada en desplegar sus energías por el medio físico y educacional.

Todo esto coadyuvó a buscar ciertas compensaciones psicológicas, como ser la megalomanía, que para Arguedas, dado que Bolivia no se conecta con el mundo occidental, cultiva “esta deformación imaginativa” como el establecimiento acrítico de la “grandeza de la patria”. La deficiencia pedagógica y la imperfección de conocimientos han ayudado a desarrollar la imaginación pero mediante la deformación de todo: todos son oradores pero carentes de ideas; lo cual estrecha tanto la mentalidad, cultura y educación de las clases dirigentes con las habidas en la masa. Y esto se ha traducido que la lógica no domina los debates ni la búsqueda de los males nacionales:

“Lo ilógico y lo absurdo es el espectáculo permanente en este país cual se desprende de la brevísima reseña histórica hecha en capítulos anteriores”²⁰.

Todo era desordenado en Bolivia, los partidos políticos, los militares, las instituciones, etc.

¹⁹ Id. pp. 436-439. Citando a Sarmiento y Alberdi, el autor boliviano señalaba que tanto el *cholo* de Bolivia, Perú y Colombia, el *roto* de Chile, el *gaucho* de la Argentina y de Uruguay “son una clase de gentes híbridas”, no guardaban comparación con los tipos señalados “como superior y acabado de la civilización occidental, bien sea el *hidalgo* español, el *gentilhombre* francés y el *gentleman* británico sobre todo” (Op. cit., p. 439).

²⁰ Id. p. 602. En la tercera edición de su obra, después del fracaso en la guerra del Chaco, Arguedas observa que esta falta de lógica es la que conducirá nuevamente al “nuevo ciclo militarista en Bolivia de un modo fatal e irremediable” (Op. cit. p. 602).

Una imagen nacional que caló hondo en América Latina y que en Bolivia dejó un profundo sabor amargo por el pesimismo, el determinismo que apresaba al destino de la nación.

II.b. Franz Tamayo, La creación de la pedagogía nacional

Con Franz Tamayo y su obra **La creación de la pedagogía nacional** de 1910, se introduce con firmeza un cuestionamiento incisivo de la instrucción en todos los niveles, desde la primaria hasta la universitaria, dado que ha incidido poderosamente en el condicionamiento de las actitudes y eventual desarrollo de la variedad étnica de Bolivia.

Este “libro de batalla y libro de reflexión”, como gustaba Tamayo calificarlo, abre fuego desde el primer capítulo sobre el modelo educacional:

“Se cree en un hato de vulgaridades. Se ha creído y se cree en la eficacia absoluta de la instrucción. Se ha creído que un país y una raza nuevos, destituidos de una tradición de cultura y de todo elemento actual de la misma, puede transformarse en diez o veinte años y hacerse un país de tono y carácter europeo, por el solo hecho de crearse universidades y liceos, con planes y programas plagiados de este sistema europeo o el otro. Se ha creído que la pedagogía debía ir a estudiarse a Europa para aplicarla después a Bolivia, y tratándose del problema más esencialmente subjetivo, cual es el de la educación nacional, se ha ido a buscar el lado objetivo de las cosas, desconociendo así el único método posible”²¹.

¿De dónde parte esta crítica en Tamayo? El gobierno de Ismael Montes había encomendado una misión integrada por Daniel Sánchez (sic) Bustamante, Felipe Segundo Guzmán y Fabián Vaca Chaves para estudiar los distintos sistemas educativos en Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra y Alemania y contratar un grupo de educadores para formar la primera Escuela Normal de preceptores.

Tamayo arremete, armado de las ideas de Ratzel, Nietzsche, Goethe y Fichte contra Felipe Segundo Guzmán, a través del periódico “El Diario”²².

Para Tamayo el problema nacional no es el de la instrucción sino el de la “altísima psicología nacional”, lo cual debe conducir al verdadero pedagogo a una tarea arqueológica como son:

“Los resortes íntimos de nuestra vida interior y de nuestra historia los que sobre todo el gran pedagogo debe tratar de descubrir. Es sobre la vida

²¹ Franz Tamayo, **Creación de la pedagogía nacional** en Franz Tamayo, **Obra escogida**. Selección, prólogo y cronología de Mariano Baptista Gumucio, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1979, p. 5.

²² Mariano Baptista Gumucio, prólogo, Op. cit. p. XXI.

misma que debe operar, y no sobre papel impreso, y en este sentido es una pedagogía boliviana la que hay que crear, y no plagiar una pedagogía transatlántica cualquiera... Hay un alma yanqui y un alma japonesa, que son cosa distinta de las europeas. Esa misma personalidad tenemos que buscar entre nosotros. Tratemos de formar bolivianos y no jímios franceses o alemanes. Tratemos de crear el carácter nacional que seguramente es del todo diferente del europeo”²³.

Lo capital es la estructuración de una conciencia nacional. Es lo único perdurable de la vida de un país. “La ciencia se adquiere, la voluntad se cultiva” apostilla Tamayo. Si no hay fondo moral de nada vale la instrucción. Los profesionales desviados de sus virtudes, el abogado de mala ley, el periodista logrero, el político inconsecuente, son gente instruida, pero sin costumbres o con malas costumbres. Hay que procurar la ciencia europea y en lo posible traer sabios europeos al suelo altiplánico y no comisionar gente nuestra -arguye nuestro autor- hacia Europa. Y argumenta:

“Seguramente esto de traer sabios no es cosa fácil. Hay que escoger y hay que pagar; pero no por eso la necesidad deja de ser real. Por lo demás, si en Chile, Argentina y Brasil hay algún provecho en este terreno por los Estados, sabido es a quien se debe, y es también sabido el régimen que en la instrucción pública de esos países reina, tratándose de elemento extranjero”²⁴.

Mediante la educación se debe procurar hacer notar al gobierno la necesidad de la reorientación de la instrucción pública hacia una dirección definitiva apoyada en bases debatidas y razonadas. De ahí, que el concurso de los extranjeros no debe constreñirse a enseñar una ciencia sino a que orienten sobre el método a adoptar, “nos enseñen el arte de enseñar”. Para ello, sostiene Tamayo, es necesario saber con quién se va a trabajar: el niño boliviano y sin embargo nadie sabe “la resistencia mental del niño boliviano”, ninguno de los comisionados ha tenido en su mano un instrumental “completo de antropometría”. Se ha hecho hasta el momento una aplicación superficial, además, de programas de enseñanza. Esto ha constituido el desastre de lograr la finalidad anhelada de concretar una conciencia en el boliviano; por el contrario, se ha hecho una simulación de la ciencia pedagógica: “el bovarysismo pedagógico”²⁵. Esto es la simulación que también afecta a otras naciones latinoamericanas; simuladores que participan naturalmente “del artista y del juglar. Del artista, porque se ocupan de cosas irreales y con apariencia de verdad; del juglar, porque todo ello es, en el fondo, mezquino y despreciable”. Inteligencias pobres, escasa cientificidad, etc.

Aun así, con este cuadro desolador, Tamayo descubre la potencialidad del indígena boliviano, la que no debe compararse con los cánones europeos. Hay en

²³ Franz Tamayo, Op. cit. p. 6.

²⁴ Id. p. 9

²⁵ Id. p. 12.

sus costumbres y tendencias cosas valiosas y positivas. Se debe procurar una pedagogía nacional:

“Una pedagogía nuestra, medida a nuestras fuerzas, de acuerdo con nuestras costumbres, conformes a nuestras naturales tendencias y gustos y en armonía con nuestras condiciones físicas y morales”²⁶.

Se ha experimentado en suelo boliviano con conocimientos generales e ilustrados que no cuajan en erigir una conciencia de ser; hay incongruencia entre lo que se requiere para levantar la moral y la psicología del indígena y lo que se le instruye de modo extraño. No hay concordancia entre la vida del niño boliviano y los ejercicios y lecturas practicados en otros ambientes.

Un ejemplo notable ha sido Japón. Ha bebido todo de occidente pero no ha perdido su alma. Puede perder todos los conocimientos trasplantados del mundo europeo, sin embargo conserva lo esencial, el ser y el alma japoneses.

Al contrario, lo que los pedagogos han hecho con la instrucción nacional ha sido “difamar la raza y de despojar la ciencia europea”²⁷.

Se ha argüido por tales pedagogos que la diversidad de etnias ha conformado un conjunto sin unidad histórica ni de sangre y, por ende, no puede existir un carácter nacional. Pero todo ello es en base a criterios exógenos, europeos.

La refutación de tales afirmaciones, lleva a Tamayo a conectar la existencia de la nación con el carácter nacional. Esta constatación, permite a nuestro autor plantear que la orientación de la futura ciencia boliviana es buscar el carácter nacional -que no figura en los libros- pues es el substrato de toda vida. Sobre este carácter nacional ha podido evolucionar la nación en la historia. Es deber hacer que la raza sepa pensar de sí, pues, de lo contrario, va a estar en crisis o está *ad portas* de perecer²⁸. Por consiguiente, “despertar la conciencia nacional, equivale a despertar las energías de la raza, hacer que el boliviano sepa lo que quiere y quiera lo que sepa”²⁹.

El mal fundamental del pueblo boliviano no radica en su “aislamiento geográfico, de dificultades orográficas y deficiencias fluviales, etc. Se olvida que Inglaterra no ha sido más que una yesera y los Países Bajos un pantano, y que es un hecho frecuentemente confirmado en la historia que la grandeza de una raza está en proporción directa de las dificultades vencidas en su lucha con el medio y con los elementos ambientes”³⁰.

²⁶ Id. p. 14.

²⁷ Id. p. 19.

²⁸ Id. pp. 21-22

²⁹ Id. p. 23

³⁰ Ibid.

Otra orientación fundamental radicaba en la “provocación de la conciencia nacional, que es más un sentimiento que un concepto general”³¹.

No hay que buscar ideales humanitarios homogéneos para todas las razas, porque son ilusorios. El ideal de la humanidad es una irrealidad. Tanto el imperio romano como el británico no han procurado un altruismo nacional. En vez de sabios es necesario ser fuertes. Esa es la realidad de la vida actual. Hay que “instituirnos en profesores de energía nacional”³². La ciencia se compra, la energía no. Así lo han hecho los Estados Unidos.

Todo el panorama de la educación en Bolivia no ofrece nada sustancioso. Todo es calco, y mala copia. Tamayo se introduce en el meollo de lo étnico y su comportamiento social:

“Haced por un momento un paralelo entre el cholo letrado de las ciudades y el aymará analfabeto de los campos. Comparad bajo el punto de vista del orden y de la economía social las calidades de cada uno. El cholo a priori y en absoluto cuesta más al Estado y a la comunidad. El cholo beneficia de todos los servicios públicos, desde el hecho simple de vivir en las ciudades. Ante el fisco, ante las comunas, ante todo el género de institutos privados de cultura o de beneficencia, el cholo guarda su puesto y aprovecha en su medida”³³.

El mestizo delata de sus padres blancos su inteligencia. El pensamiento mestizo es el único que existe con alguna seriedad en América Latina y todo en él es europeo, aunque sea en moldes infantil o incipiente. Y esto se debe a dos razones:

“1° Porque el indio por sus íntimas condiciones sociales, económicas, educativas, etc., no piensa, y 2° Porque el blanco puro, nacido y crecido en América, aceptamos que por desconocidas de la ciencia, alcanza una rápida degeneración que parece anularlo para todo esfuerzo mental u otro”³⁴.

Para el intelectual boliviano, las cualidades observadas en el mestizo provienen del europeo pero, a diferencia de éste que posee también voluntad, el mestizo carece de ésta. Hay una falta de carácter que provocan en el mestizo “todas las formas de despersonalización e imprecisión” proyectadas en sus manifestaciones concretas como teóricas. Una imagen de exaltaciones violentas o violentas depresiones. Todo esto no sirve en el sistema de instrucción aplicado, que no tiene en cuenta estas consideraciones psico-sociales: “creemos absurda la idea practicada dentro de un bachillerato imbécil, todo género de ciencias y doctrinas, y plagiando rancios modelos franceses pretender formar cabezas universales”³⁵. Potenciar la inteligencia mestiza,

³¹ Id. p. 24

³² Id. 23.

³³ Id. 31.

³⁴ Id. 53-54.

³⁵ Id. 55.

mediante el raciocinio; modificar un vicio o una costumbres, convencedle; mover los sentimientos para alcanzar grandes hechos, persuadirlo, apunta Tamayo, pues estas verificaciones iluminan “nuestra historia con una nueva luz”³⁶.

Todo lo contrario se aprecia en el indio. No es la inteligencia la “facultad eminente y dominadora del indio... parece haber dejado siempre de lado lo que en la inteligencia humana puede llegar a ser fuente de goce mental o estético. Pensar es útil cuando es necesario, y basta”³⁷. Por consiguiente, se debe procurar otro sistema de instrucción que no se centre en la inteligencia, cuando se trata del indígena. Es más, escribe Tamayo, “el *pathos* moderno no existe en el cerebro del indio”³⁸. En contraste, el indio se manifiesta con gran simplicidad y rectitud. Posee una salud mental de las más admirables. Es una inteligencia sin pasión y sentimiento. Y aquello lo va a diferenciar además del elemento blanco.

“En este punto debemos señalar la gran diferencia que existe entre las inteligencias del indio y del blanco americano. Esa disimilitud no hace más que distanciar moralmente a ambos, y es la razón principal del injustificado desprecio del blanco por el indio. Nunca aquél pudo encontrar en éste sus desbordes intelectuales, que son su flaco y su predilección; y el indio, por su parte, si admirando ingenuamente la variedad y derroche inútiles de ideas del blanco, jamás pensó ni intentó la asimilación de una facultad semejante, tan contraria a su íntima naturaleza”³⁹.

Aún con esta distancia sicológica, ambos elementos han debido vivir juntos, sentirse solidarios. Esta es la realidad étnica de Bolivia y de gran parte de la América meridional.

En la raza indígena, compuesta por el indio puro, el aymara y el quechua, hay que centrar la mirada, pues son los “grandes depositarios de la energía nacional”. En fin, los postulados de Franz Tamayo pusieron el dedo en la llaga del problema nacional boliviano. Rescatar los elementos originarios de su nacionalidad exigía distinguir, claramente las potencialidades de éstos y adecuar la enseñanza a tales cualidades: para los indios una pedagogía que se basara en una pedagogía de amor y paciencia; para los mestizos, una escuela disciplinaria y concentrada en pocas materias.

III. IMAGEN DE CHILE ESTABLECIDA POR FRANCISCO A. ENCINA Y NICOLÁS PALACIOS

En el periodo que nos ocupa se asistió en Chile a una irrupción de la literatura crítica del centenario, donde varios autores van a fustigar, como Enrique Mac Iver,

³⁶ Id. p. 57.

³⁷ Id. p. 59.

³⁸ Id. p. 61.

³⁹ Id. p. 62.

nuestra crisis moral derivada de la desnacionalización de nuestras riquezas y el cambio de valores sociales; o bien, como Alejandro Venegas, autor de **Sinceridad** en 1910, quien puso de manifiesto la polarización social por la que atravesaba el país en unas memorables epístolas dirigidas al Presidente Pedro Montt.

En el campo internacional, los Pactos de Mayo firmados en 1902 pusieron normalidad en las relaciones entre Chile y Argentina. Hacia el final del decenio de 1920, el Tratado de Lima de 1929 solucionó el diferendo entre Chile y Perú. Y durante la guerra del Chaco, Chile con Argentina fueron mediadores en la contienda.

Un tema apremiante en la intelectualidad, en la clase política y en la opinión pública, lo constituyó la denominada “cuestión social”. Asunto, como veremos, que se va a imbricar con la problemática de la pérdida de la conciencia nacional.

En este panorama, surge la generación del centenario y, también, la de los escritores nacionalistas, donde dos figuras sobresalen para mostrarnos lo que somos, en cuanto a fortalezas y debilidades, y lo que podríamos ser: uno de ellos, el médico Nicolás Palacios, que fuera testigo de la horrorosa masacre de diciembre de 1907 en Iquique: la de la Escuela Santa María, y médico en la pampa calichera de Tarapacá. Palacios fue autor de un libro que marcó escuela en Chile: **Raza chilena. Un libro escrito por un chileno para los chilenos**, en 1904. También abordó otras materias concomitantes, como fueron **Colonización chilena. Reparos y remedios**, Valparaíso, 1904. **Decadencia del espíritu de nacionalidad**, Santiago, 1908; **Nacionalización de la industria salitrera**, Santiago, 1908.

Cristián Gazmuri ha ponderado en Palacios y su **Raza chilena** a un autor, “rico en ideas, aunque pobre en coherencia y solidez conceptual e histórica”⁴⁰.

La otra figura es Francisco Antonio Encina, autor de **Nuestra inferioridad económica**, en 1911, el que tomaremos como referencia de época. Encina, que fue parlamentario, agricultor y prolífico autor, escribió contemporáneamente **La educación económica y el liceo**, Santiago, 1912⁴¹, y posteriormente su monumental **Historia de Chile**, de veinte tomos, que saliera a luz pública entre las décadas de 1940 a 1950.

Las ideas de Encina tuvieron una influencia en un significativo número de ensayistas de mediados del siglo XX⁴².

⁴⁰ Cristián Gazmuri (Editor), **El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis**, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001, p. 103.

⁴¹ Texto que profundizó las materias educacionales -críticas al sistema imperante en Chile- bocetada en **Nuestra inferioridad económica**. Cf. Cristián Gazmuri, Op. cit., 197-259, donde transcribe el volumen.

⁴² Cf. Javier Pinedo, “El pensamiento de los ensayistas y cientistas sociales en los largos años 60 en Chile (1958-1973). Los herederos de Francisco A. Encina”, **Atenea**, Universidad de Concepción, N° 492, II Semestre 2005, pp. 69 - 120.

Ambos autores se inscriben en el ideario nacionalista y están arropados de las ideas racistas en boga, del cuestionamiento del cientificismo estéril o de poca aplicación en el suelo aborígen. En sus escritos asumen la crítica de las políticas inmigratorias, los defectos del sistema educacional y la decadencia del sentimiento nacional. En todo este cúmulo de ideas y datos, surge la construcción de una imagen nacional que difundió una idea de Chile, no sólo en su interior sino en el continente latinoamericano.

Ambos contribuyeron a formar una identidad nacional en torno a lo que el sociólogo Jorge Larraín ha calificado de la “versión militar racial”, dado que los ingredientes bélicos formados en la lejana guerra de Arauco y en la cercana del Pacífico, forjaron un carácter en torno al “roto chileno”, como prototipo de las cualidades y debilidades de la nación chilena⁴³.

El concepto del “roto chileno” ha sido uno de los más arraigados en la intelectualidad chilena, para apuntar a un criterio esencialista, diferenciador de los otros elementos demográficos, populares, existentes en América Latina⁴⁴.

III. a. Nicolás Palacios, *Raza chilena*. Un libro escrito por un chileno para los chilenos

Nicolás Palacios redacta su **Raza chilena** como reacción a la poca aplicación gubernamental de la ley de colonización nacional y, en consecuencia “esté entregando las tierras de la nación a familias de raza extraña a la nuestra”⁴⁵.

El alegato pretende impugnar el arribo de familias de raza latina por ser consideradas extrañas al cuerpo nacional, dado que la raza chilena es mestiza.

Refiere Palacios:

“El disfavor en que se nos tiene en la actualidad proviene en gran parte del desconcepto en que ha ido cayendo nuestra raza indígena ante una parte de la opinión debido a una larga e insensata campaña de desprestigio emprendida en su contra por algunos diarios, revistas i hasta por publicaciones oficiales. Como se pretende que solo el chileno iletrado tiene en sus venas sangre indígena, se cree que únicamente a él alcanza el descrédito...se trata a nuestros antepasados

⁴³ Jorge Larraín, **Identidad chilena**, LOM Ediciones, 2001, 148-150. La postura de Francisco A. Encina, rastreando los componentes psico-sociales del “carácter nacional” también es susceptible de ser catalogada como racista, dado que de la raza, como herencia genética, deriva la forma de ser chileno.

⁴⁴ Un manejo de tal noción en la literatura y la historia chilenas en el siglo XX, se encuentra en la obra de Andrés Sabella Gálvez. Cf. José Antonio González Pizarro, “La imagen de Chile en la obra inédita y desconocida de Andrés Sabella (1912-1989)”, **Historia**, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 40, vol.1, enero- junio de 2007, pp. 35-68.

⁴⁵ Nicolás Palacios, **Raza chilena. Libro escrito por un chileno para los chilenos**, Imprenta Chilena, 1918 (2° Edición) Prólogo.

indígenas como a indios salvajes, crueles, depravados, sin moralidad alguna, sin dotes guerreras”⁴⁶.

Nuestro autor reivindica la épica mapuche -“aunque soi Araucano solo a medias”- contra los conquistadores españoles, donde las habilidades de la raza indígena demostró no solo arrojo y valentía sino heroísmo y aptitudes guerreras, acota, apoyándose en los cronistas y viajeros europeos.

La arremetida de Palacios es contra la **Historia de la civilización de la Araucanía** que venía publicando los “Anales de la Universidad de Chile”⁴⁷.

Esta cerrada defensa, le permite ingresar a uno de los argumentos centrales: la presencia goda en nuestros orígenes. Señala:

“Respecto a nuestra línea ancestral europea, puede decirse que al denigrarla imputándole toda clase de vicios i crímenes ha llegado a ser un lugar común entre los escritores chicos i grandes, tanto en Chile como de España i demás países latinos. La sicología del latino, tan profundamente diversa de la del teutón, se muestra incapaz de penetrar en el alma del Godo”⁴⁸.

Siendo, entonces, los godos el elemento dominante que provino con las huestes castellanas, se puede comprender por qué ha fracasado la forma de enseñanza en nuestro medio, siguiendo los parámetros latinos. Los chilenos piensan de un modo distinto que los latinos, de ahí, que el “inculcarnos una educación i un criterio que no son nuestros, que están en pugna con nuestra naturaleza mental i que está produciéndonos ya graves males”⁴⁹, han traído la desconfianza en nuestros propios juicios, la indecisión de nuestra voluntad, la anarquía mental y el escepticismo corruptor y disolvente.

Y esto debe remediarse, puesto que “es la energía moral el primer factor de la grandeza de las naciones de raza jermana... Los Godos conquistadores de Chile dieron infinitas muestras de esa culminante virtud en su batallar incesante con nuestros indígenas”⁵⁰.

⁴⁶ Id. pp. 32-33.

⁴⁷ Su autor era el etnógrafo e historiador Tomás Guevara, cuyo bosquejo de los araucanos fue estimado por Palacios como despectivo. Palacios se pronuncia sobre los tres primeros tomos, de diez, de la **Historia de la Civilización de Araucanía** acometido por Guevara. Sobre el tema, véase el interesante estudio de Jorge Pavez O., “Mapuche ñi nüttram chilkatun i. Escribir la historia mapuche: Estudio poslaminar de *Trokinche müfu ñi piel*. Historias de familias. Siglo XIX”, **Revista de Historia Indígena**, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, año 2003, N° 7, pp. 38 y ss.

⁴⁸ Id. p. 59.

⁴⁹ Id. p. 63.

⁵⁰ Id. p. 69.

Palacios, convencido que las razas no se extinguen fácilmente, va a relacionar la conformación del “roto” chileno con los conquistadores de la primera generación: ser “roto” es sinónimo de pobreza de traje, y constituye “nuestro apodo”. Este desdén lo observa también históricamente en los godos, tan poco dado a los trajes lujosos.

Palacios consigna cómo en el extranjero se ha ido difamando al pueblo araucano y en el interior se pretende reemplazar los brazos chilenos por la inmigración extranjera. En su defensa arguye que fue el “roto”, el mestizo, el que proporcionó al mejor soldado en la Colonia. Y contraargumenta con fuerza, frente a lo que él considera “mui acreditados tres cargos hechos al pueblo chileno”, a saber:

“1° El que estamos convirtiéndonos en socialistas peligrosos, condición moral, que no intelectual, tenida por la ciencia moderna como signo inseguro de inferioridad étnica, por lo cual urge refutar. 2° Que somos una casta de criminales que debiéramos estar en presidio perpetuo. 3° El de que con nuestra rudimentaria inteligencia hemos corrompido la galana habla de Castilla, convirtiéndola en una jerga ininteligible que es una vergüenza nacional”⁵¹.

Palacios refuta ácidamente la última aseveración pues aceptar aquella significaría que poseeríamos una “deficiencia mental” y principalmente que al haber dos hablas indicaría la existencia de dos razas en nuestro país. Y esto no se sostiene pero es indicativo de la confusión que en torno a nuestro “modo de ser” ha sido despreciado y ridiculizado por los sectores ilustrados de nuestra población. Y la diferencia estriba que ser ilustrado no necesariamente es ser entendido. La memoria es propia de los ilustrados; el juicio es propio de un cerebro bien constituido, que es el rasgo del pueblo chileno. “Un tonto ilustrado -sentencia Palacios- puede llegar a ser una calamidad nacional en un pueblo que dé en la flor de tomar a los letrados por estadistas i a los cortesanos por diplomáticos”⁵².

Los grandes sabios europeos y nacionales eran de verdad y sencillos, pero fueron del siglo pasado. Y acota Palacios, con ironía, respecto de esta afectación e ilustración a la vez:

“Si hai hombres a quienes perjudique esta manera superficial i afeminada de aquilatar su valer, esos hombres son los rotos chilenos. El roto ni es de facciones finas, ni es zalamero, ni se paga de adornos i afeites, no es hombre lindo ni lo desea. Su exterior tiene algo de la rigidez opaca del espino, mientras que la plebe europea con la que se pretende reemplazarlo posee el exterior liso i relumbrón de la caña. Hija legítima de este culto a la apariencia es esa gravedad estirada de grandes i chicos, que adoptan a la fecha nuestros paisanos de las ciudades, i que va siendo una curiosidad para los viajeros que visitan a Chile”⁵³.

⁵¹ Id. p. 85.

⁵² Id. p. 87.

⁵³ Id. p. 87.

Las actitudes verdaderas de reírse a carcajadas que son propias del pueblo chileno, se juzgan como indecorosas en los ambientes urbanos, contribuyendo a un “falso criterio reinante” de dar la imagen de seriedad y gravedad, apostilla Palacios.

Para el autor de amarras, la figura del mestizo ha sido vilipendiada por los sicólogos modernos; empero, “del mestizo chileno ningún cronista ni historiador antiguo se espresa mal, han sido los *Anales [de la Universidad de Chile]* los primeros en falsear la verdad histórica, i luego han venido muchos otros documentos oficiales, a continuar la misma tarea”⁵⁴.

Los chilenos son llorones como expresión no sólo de un estado de ánimo sino fundamentalmente como emoción patriótica. Llorones son los rusos también. Y esto es una herencia de los araucanos y de los godos. Lo mismo el no gustar de las joyas. Germanos y araucanos “cuidaban con esmero de sus armas i las adornaban de varios modos”⁵⁵.

En su defensa de lo nacional, Palacios acudió a la estadística oficial de criminalidad, demostrando que la extranjera era más alta que la chilena. De igual modo, cuestionó los datos demográficos que no consideraban la calidad de las tierras. Sobre ello apostrofó lo siguiente:

“En las provincias mineras i salitreras la población no es susceptible de aumento. Todo el que conoce personalmente esta parte de Chile sabe perfectamente que el número de habitantes de los centros mineros varía en relación directa de la prosperidad de las minas. Su población, que es siempre transitoria, aumenta o disminuye con el alcance o broceo de las labores...En cuanto a la zona salitrera, nadie habrá oído decir que alguna oficina se queje de falta de brazos, porque lo que sucede a la fecha es precisamente lo contrario: hai grande esceso de trabajadores, importados artificialmente por los oficineros”⁵⁶.

Sostuvo que el país estaba sobrado de población. Y esto podía comprobarse mediante el registro de la observación. Sus detractores afirman que el “roto” es vagabundo por herencia; la réplica de Palacios no tarda: “¿Podrá ahorrar para comprar un sitio i edificar la más humilde casita un hombre que gana de sesenta a ochenta centavos al día? Mientras dura la faena el empresario les facilita la vivienda en cuartos de lata, hornos de día i frigoríficos de noche, en los cuales duermen cuantos

⁵⁴ Id. p. 215.

⁵⁵ Id. p. 219.

⁵⁶ Id. 350. Palacios es sarcástico cuando se detiene en afirmar que sólo a nuestros gobernantes se les ha ocurrido “tomar los desiertos sin mantillo, los páramos helados i las cordilleras de roca viva o cubiertas de nieves eternas como suelo habitable. Causa verdadera pena leer en los documentos oficiales las lamentaciones que produce a sus redactores la soledad de la provincia de Antofagasta, en donde a cada habitante corresponden más de dos kilómetros cuadrados de terreno. Yo quisiera que esos redactores me hicieran el favor de venir a esas provincias i me señalaran un solo sitio de los 124 136 kilómetros cuadrados de suelo sin pobladores, en el cual una sola familia pudiera, no digo prosperar, pero siquiera alimentarse del producto de la tierra”(Op. cit. 352).

caben ordenados como sardinas en caja”⁵⁷. He aquí la explicación científica del tan difundido vagabundeo del pueblo chileno. La falta de horizontes de vida conduce al “roto” a la emigración interna, a buscar diferentes obras para el sustento. Los guarismos que apuntan a cierta despoblación olvidan también otro argumento social:

“El Registro Civil es caro para el pobre de la campiña, pues cuesta tres jornales, el del padre i los de dos testigos...por eso el huaso deja la diligencia para el día domingo, en el que hace una ida i dos mandados: oye su misa i bautiza a su hijo, sin pérdida de ningún jornal”⁵⁸.

Al igual que los godos, los chilenos emigran e incluso, como en el caso de los chilotos, los más fuertes y laboriosos. Es un error muy propalado en Chile, consigna, de asociar gente superior con vida gregaria; entonces quien emigra, como el “roto”, es inferior. En todas las guerras extranjeras ha habido soldados voluntarios chilenos. Van en procura de alimento para sus almas, mientras los sedentarios no se “mueven del regazo maternal del Fisco”.

El peligro para Chile es la inmigración. Es una oleada de inadaptados, escribe Palacios, “de que habla Le Bon”. Los países meridionales de Europa se deshacen de su clase inferior. Las naciones latinas obtienen dos beneficios: una limpia de sangre y positivos beneficios económicos. Se ha procurado brindar ventajas a los extranjeros. Y éstos ven a Chile como un país muy hospitalario. Italia se ha aprovechado para su raza de esta facilidad migratoria; es la nación que en la historia ha realizado mayores conquistas con procedimientos pacíficos. El peligro asoma con crudeza:

“Una colonia semejante es simplemente una prolongación de la patria de los colonos, una ampliación de su territorio i un aumento de su población privativa. El país colonizado pierde una extensión de su territorio sin aumentar el número de sus hijos, de su potencia como nación, ya que, como dice Le Bon, la fuerza de las naciones no se mide por el número de sus habitantes sino por el de sus ciudadanos”⁵⁹.

Aquello contrasta con la conquista militar que hizo Chile sobre las tierras de la Araucanía, estableciendo familias de colonos. La inmigración latina, específicamente la italiana, reviste extremada gravedad para el país, concluye Palacios en sus más de 700 páginas de su obra mayor.

III. b. Francisco Antonio Encina, Nuestra inferioridad económica

Francisco A. Encina va a retomar algunas líneas del discurso de Palacios como

⁵⁷ Id. p. 361.

⁵⁸ Id. p. 365.

⁵⁹ Id. p. 541.

también de Alejandro Venegas -el famoso Dr. Valdés Canje, autor de **Sinceridad**- para exponer lo que él llama este proceso de “desnacionalización” total en que se haya sumido la República. No sólo hay factores endógenos que contribuyen a este mal sino que también hay variables exógenas que hacen medrar el síntoma, una de ellas es la inmigración extranjera. Todo esto ha incidido en nuestro organismo y alma nacionales. Registra en sus páginas preliminares de **Nuestra inferioridad económica**:

“En menos de cincuenta años -escribe en 1911-, el comerciante extranjero ahogó nuestra naciente iniciativa comercial en el exterior, y dentro de la propia casa, nos eliminó del tráfico internacional y nos reemplazó, en gran parte, en el comercio al detalle. Igual cosa ha ocurrido en nuestras dos grandes industrias extractivas. El extranjero es dueño de las dos terceras partes de la producción del salitre, y continúa adquiriendo más valiosos yacimientos de cobre. La marina mercante nacional ha venido a menos y continúa cediendo el paso, aun dentro del cabotaje, al pabellón extranjero. Fuera del país tienen sus directorios la mayor parte de las compañías que hacen entre nosotros el negocio de seguros...estos hechos revelan la existencia de un antiguo proceso de desplazamiento del nacional en el dominio de los negocios y en la posesión de la riqueza”⁶⁰.

El certero diagnóstico turba a nuestro autor, cuando evoca que “la paz interior y la regularidad económica” en Chile se consolidaron muchos antes “que en las demás repúblicas hispanoamericanas”.

Encina repara en múltiples síntomas, que dan cuenta de esta “anormalidad” que aqueja al país: el retroceso en nuestra población, la lentitud del crecimiento económico, el desdén del consumidor nativo por los productos del país. Esta anemia de nuestra productividad puede obedecer a tres causas o explicaciones: a) al régimen monetario y la organización del crédito, b) a la calidad del Gobierno y de la administración pública y c) a la política económica y comercial.

Todas ellas tienen asidero, aun cuando la primera causa, ha sido la más acogida por la opinión pública. Nuestro autor repara que en cuanto a la política económica la ausencia de tarifas aduaneras proteccionistas, ha favorecido la absorción de los productos extranjeros lesionando la industria nacional. Una postura coincidente con la de Malaquías Concha. Empero, avanza el autor una explicación que engrana una tríada compuesta de elementos físicos, la raza y las actividades económicas:

“Nuestra raza, en parte por herencia, en parte por el grado relativamente atrasado de su evolución y en parte por la detestable e inadecuada enseñanza que recibe, vigorosa en la guerra y medianamente apta en las faenas agrícolas, carece de todas las condiciones que exige la vida industrial. Nace de aquí una antinomia entre los elementos físicos tan inadecuados para una vigorosa

⁶⁰ Francisco A. Encina, **Nuestra inferioridad económica**, Editorial Universitaria, séptima edición, 1990, pp. 15-16.

expansión agrícola, como admirablemente adecuados para la etapa industrial, y las aptitudes de la raza, apta para la agricultura e inepta para la actividad manufacturera y comercial, que se traduce en la debilidad y estagnación económica, cuyas manifestaciones se han descrito”⁶¹.

Este es el núcleo de la tesis de Encina, con todas las variables en juego. Tenemos la raza y la herencia genética, que no ha podido desplegar sus capacidades como antaño, un territorio que distribuye recursos y potencialidades de modo dispar, un sistema educacional que no es útil a las necesidades del país, unas formas productivas y comerciales que no hemos protegido adecuadamente. Y a esto le añadirá la inmigración. El pueblo chileno, anota Encina, asociado al “roto” exhibe una singularidad psicológica en América Latina; empero, sus rasgos son también compartidos por otros pueblos.

El chileno no es perseverante, aun cuando su voluntad es enérgica, audaz pero es inconstante. Y ello se observa cuando en el trabajo industrial, un extranjero menos inteligente y enérgico alcanza su cometido por lo metódico, perseverante y de mayor preparación. También carece de espíritu de cooperación y de asociación, que sí ha observado en las guerras, mas no en el ámbito comercial.

Concuerda con Palacios -y de paso con Tamayo, apostillaríamos nosotros- cuando señala que no es científica la comparación en la moralidad pública entre los chilenos y los pueblos europeos. “Para hacer comparaciones legítimas, -escribe Encina- hay que retroceder algo en la historia de los pueblos europeos; reparar no solo en lo que son, sino, también, en lo que fueron. Para calcular el porvenir, hay que mirar al pasado; contemplar la distancia que media entre el punto de partida y el grado de elevación moral que hemos alcanzado”⁶².

Pero los males propios de nuestra psicología son múltiples y, nuestro autor, aduce argumentos y observaciones agudas. Registremos de modo enunciativo algunos déficits:

“(En) nuestro aprovechamiento del tiempo somos inexactos. No se hicieron los plazos para nosotros. Se trate de concluir un trabajo manual, de entregar una mercadería o de afrontar vencimientos, días más no se cuentan, atrasos de meses, importan poco. No tenemos día ni hora para nada que diga relación con nuestros negocios. La dejación, el desorden y la ausencia de todo método, son entre nosotros normales. Nuestra honradez es, todavía, deficiente. El respeto a la propiedad (es) menos acentuado que en pueblos que llevan más de mil años de propiedad divisa. En cuanto se substraen al control y al contacto de los elementos sociales superiores más civilizados que él, el campesino cargado de sangre

⁶¹ Francisco A. Encina, Op. cit., pp. 32-33.

⁶² Id. p. 73.

araucana desciende en moralidad, en cultura y en todo lo que constituye la civilización. Se hace perezoso, aventurero y ladrón”⁶³.

El chileno no asocia el éxito de su patrón a su propia fortuna. Desconfía del esfuerzo y del trabajo tenaz para cimentar los logros en la actividad laboral. Hay un tema de moralidad pública, subraya Encina, que es absolutamente pernicioso entre nosotros: “En el centro del país no cree robar el hacendado que extrae el agua de su vecino, ni en el norte, el minero que arrebató un descubrimiento o altera los deslindes de la pertenencia”⁶⁴.

A pesar de contar con estos defectos, Encina sostiene que el pueblo chileno es el único que ha podido subir “más su nivel moral” en el transcurso de la República. La base social de la nacionalidad descansa en el obrero, sin distinción de oficios manuales. En él debe buscarse las grandes expectativas pues en el pasado ha podido ser emprendedor en varios ámbitos económicos. El elogio del obrero chileno es rotundo en Encina:

“El trabajador chileno es vigoroso. De él ha dicho un historiador [Uriel Hancock] perteneciente a la más fuerte y orgullosa de las razas modernas: “Posee una fuerza y una resistencia pasmosa. No hay europeo capaz de tal resistencia física”. Un largo contacto personal con obreros de distintas nacionalidades me ha convencido de que no es exagerado este concepto. Algunas de las razas de elevada estatura de Europa pueden competir con él en fuerzas físicas; pero ninguna de ellas puede rivalizar en resistencia prolongada, a la intemperie, a las lluvias, al calor y a las privaciones. El obrero chileno es inteligente. Comprende y asimila con una rapidez que desconcierta al aficionado a estudios psicológicos. Le basta un caudal de conocimientos previos tan escaso que ningún otro obrero puede hacer igual labor con igual saber. Tiene la conciencia instintiva de su superioridad. La siente y la hace pesar. En estado confuso embrionario, tiene un concepto de sí mismo que recuerda de lejos el orgullo del romano de la antigüedad y del inglés de nuestros días. Esta gran fuerza en devenir puede llegar a ser la fuente de las más grandes energías”⁶⁵.

¿Qué obstaculiza que aquellas energías logren su cometido? No duda el biógrafo de Portales en indicar la causa: la deficiente educación nacional.

Y esto tiene una datación: a partir de 1870 ha incidido en la nación la mutación de costumbres, sentimientos, derivado de la influencia foránea.

Como se sabe, uno de los temas predilectos de Encina, fue juzgar severamente la influencia de los liberales, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Miguel

⁶³ Id. pp. 74-75.

⁶⁴ Id. p. 76.

⁶⁵ Id. pp. 84-85.

Luis Amunátegui, historiadores y políticos, por sumir al país en las ideas en boga en el Viejo Mundo. Todo ello afectó a nuestro modo de ser. Su instrumento la instrucción pública, copiada del modelo francés, humanista, libresca: un ejercicio intelectual, basado en conocimientos clásicos y más tarde científicos:

“A imitación de la deleznable enseñanza que como supervivencia de los extravíos teóricos de otra época subsiste todavía en Europa, la nuestra ha carecido siempre de ideales”⁶⁶.

Nuestra enseñanza no apunta a afirmar el carácter, al desarrollo de las aptitudes económicas, al vigor físico, a la moral; todo lo que “conserva al individuo y hace posible una civilización robusta”.

No hay una preparación técnica en nuestros jóvenes. Nada saben y aprenden al iniciarse en la vida laboral. No hay inclinación hacia los negocios, incluso se los estima deleznable. Los institutos agrícolas y mineros existentes ofrecen una enseñanza defectuosa, sólo pasable a nivel de los institutos comerciales. Se potencian las profesiones liberales y no se cultivan las técnicas y las ingenieriles. En fin, no tenemos ni buenos empresarios como tampoco buenos empleados. Una página nos ilumina sus argumentaciones:

“Por grande que sea la sensibilidad del individuo a los efectos de la educación -y la del chileno, como mestizo, lo es mucho-, la eficacia de la enseñanza tiene límites. La enseñanza no ennobleció la actividad económica, no borró en el niño el desprecio atávico por el trabajo industrial, se limitó a transformarlo, es decir, a cambiar el desprecio que el militar profesa a la actividad económica, oficio vil propio de esclavos, por el desprecio del intelectual por los negocios y especialmente por el comercio, ocupaciones mezquinas y hasta envilecedoras”⁶⁷

El territorio ha sido mal examinado y en consecuencia poseemos un concepto erróneo de nuestra geografía, pues estimamos que nuestro suelo es fértil y sumamente agrícola. Y la realidad es que tres cuartas partes del territorio no sirven para la actividad agrícola. Las expectativas guardan relación con los capitales, trabajos y formas de propiedad agrícola. Modificando tales elementos se podría mejorar tanto intensiva como extensiva los suelos arables.

Siendo el tema central las causas de nuestra inferioridad económica, Encina no olvida de mentar los que él designa como factores subalternos. Entre otros, la Argentina que ha podido gravitar en el poco progreso de nuestra agricultura, dado

⁶⁶ Id. p. 147.

⁶⁷ Id. p. 171.

que el chileno invirtió en sus pampas fomentando la actividad agrícola. Otra causa es la competencia desigual con los productos manufacturados desde Europa. Este factor, favorecido por una liberal tarifa aduanera, se complementa con la penetración europea en los ámbitos industrial y comercial en Chile. En ellos, observa nuestro autor, hay una actitud simplista del chileno, olvidando que tales inversiones no son altruistas, por el contrario: “Toda nación busca el contacto de las demás para acrecentar su propio bienestar, eliminándolas o subordinándolas”⁶⁸.

Este conjunto de factores no sólo ha dañado a nuestra nacionalidad sino que ha originado una crisis moral de proporciones, cuyos signos son palpables: la admiración exagerada por todo lo extranjero-“el desprecio abierto por todo lo nacional no se hace esperar”⁶⁹-, la mutación de las costumbres y sentimientos tradicionales -“la experiencia social demuestra que no pueden ser quebrantados o modificados bruscamente, sin grandes trastornos morales”-; la propia instrucción pedagógica tanto de la Universidad de Chile como de la Normal ha privilegiado un ambiente cosmopolita y utopías humanitarias, que han dañado nuestras costumbres y sentimientos; el aumento de la intensidad del contacto con Europa -ha traído el desalojo o desplazamiento de la actividad económica nacional-; el europeo, primeramente a través del libro, después por el viajero y posteriormente del mercader, ha lastimado el sentimiento de nacionalidad; ha provocado el anonadamiento de la voluntad de luchar y ha enturbiado en nuestros estadistas la visión de porvenir. A esto habría que agregar, la prédica de las doctrinas sociológicas y socialistas que han afectado al proletariado, agravado por la ausencia de una clase media y por la situación de miseria que ha redundado el régimen monetario.

La desconfianza hacia nuestras instituciones y nociones caras, como la libertad, mostraban a Encina la urgencia de aplicar un remedio radical dado que la gravedad de la conciencia y el sentimiento de nacionalidad así lo ameritaba.

IV. CONCLUSIÓN

La redacción de las obras examinadas por parte de este selecto grupo de intelectuales de Bolivia y Chile, no sólo dio cuenta de qué manera los proyectos republicanos iniciales que se formularon en ambos países en el siglo XIX, no sólo mostraban una decepción por parte de decisiones y políticas aplicadas, que afectaron las potencialidades de las respectivas naciones, sino cierto proceso de desnacionalización, que obstaculizaba aún más el logro de las metas, sea por la incorporación de fórmulas extrañas al cuerpo social -principalmente en la educación- o en la inversión extranjeras o procedente de la inmigración europea.

⁶⁸ Id. p. 114.

⁶⁹ Id. p. 177.

Para la lectura de la imagen nacional de Bolivia, Alcides Arguedas se valió de los condicionantes tanto geográficos como de la desigual distribución étnica, para demostrar la asimetría de la nación altiplánicas en su desarrollo. El problema fundamental fue la disparidad étnica existente y los defectos observados en ella que obstaculizaban el progreso social y material del país, principalmente por la influencia del *cholo* en la vida social y económica. Este era el responsable del cuadro nacional de desorden, agravado por el aislamiento del mundo occidental y la deficiente educación establecida. Una imagen nacional atravesada por el pesimismo de su porvenir.

Franz Tamayo reparó que la distorsionada imagen que mostraba Bolivia, obedecía a los errores cometidos por la clase dirigente en aplicar sistemas educacionales, que se apartaban de las verdaderas necesidades del pueblo indígena. Las masas indígenas eran el pueblo boliviano y no habían sido formadas para acrecentar su voluntad y estructurar una conciencia nacional. Cada vez que la educación no se adecuaba a las costumbres y condiciones físicas y morales del boliviano, se postergaba la regeneración del pueblo, pues debía pensarse en las diferencias étnicas del mestizo y del indígena para rescatar la “energía nacional”. Una vez alcanzado aquello se habría edificado otra imagen nacional.

La mirada sobre la imagen nacional de Chile abordada por Nicolás Palacios, fue acentuar las diferencias raciales entre lo latino -la verdadera amenaza inmigratoria, focalizada en el elemento italiano- y la chilena, amalgama entre la mítica presencia goda y la araucana. Para Palacios se debía proteger al pueblo chileno, cuya proyección era el “roto”, hombre trabajador, juicioso que no se había visto apoyado por el modelo educacional y, por el contrario, era marginado, explotado. Se había construido una imagen nacional extraña, sostenida en la vida culta, sedentaria, todo lo contrario de lo que se observaba en el “roto”, que había acrecentado el territorio nacional con su sangre. El peligro de la desnacionalización estaba en promover la inmigración latina en desmedro de las condiciones materiales de la raza chilena.

La visión de Francisco A. Encina, también se centró en la desnacionalización de Chile. Todo lo que se observaba para el Centenario de la República hablaba de una crisis, de un estancamiento de la productividad, de la población y del carácter nacional, que se veían afectados por la desmesurada admiración de lo extranjero.

Si bien el chileno no guardaba condiciones para la agricultura y lo metódico era el pueblo que había mostrado mayor progreso moral; sin embargo, políticas erradas en el campo educacional habían profundizado este estancamiento. En vez de inculcar cualidades para acrecentar la riqueza del país, impulsando sus aptitudes económicas -el desarrollo de la educación técnica- el vigor físico y moral, el pueblo chileno debía aprender y memorizar una cultura letrada, humanista, alejada de las capacidades

de la raza. La imagen nacional en decadencia podía subsanarse con un cambio radical de estrategia para su desarrollo.

Los cuatro autores analizados dieron cuenta del momento histórico de sus países en la primera década del siglo XX, haciendo un examen descarnado de la realidad nacional y tentando algunos las orientaciones y políticas, que debían conducir a superar la decaída imagen nacional, sostenida sea por el debate indígena, la cuestión social y la crisis moral. Factores todos que gravitaban en el sentimiento de nacionalidad.